

## **RESISTENCIA Y DESOBEDIENCIA CIVIL: ¿ARRIBA O ABAJO DE LOS CAMELLONES?**

Actualmente en México existen al menos tres grandes movimientos de masas que están en la etapa más radical de la resistencia civil: la desobediencia civil. Además, todos ellos, en diferentes gradaciones, plantean acciones encaminadas a la “dualidad de poder” o “poder paralelo”. Las comunidades zapatistas en Chiapas llevan años construyendo su territorio –político, social y corporal- de “autonomía”, con estructuras propias de buen gobierno, impartición de justicia, salud, educación, organización comunitaria y producción. Se trata de una de las experiencias contemporáneas más originales y radicales de alternativa al orden social capitalista, similar a lo que Gandhi llamaba el Programa Constructivo, y que ahora se busca ampliar a todo el país a través de la Otra y la Sexta. Por otro lado, en Oaxaca los maestros disidentes del SNTE y la Asamblea Popular del Pueblo han realizado en los últimos meses acciones de desobediencia civil y tomas, en protesta por sus condiciones laborales y pidiendo la destitución del Gobernador. Finalmente, a partir del domingo pasado el movimiento nacional de protesta contra el fraude electoral del 2 de julio, entró de lleno en una fase de desobediencia civil al bloquear tres de las principales avenidas del centro del DF.

El objetivo de este trabajo es colaborar humildemente al buen avance de estas luchas legítimas y necesarias para el país, a través de un “pensar en voz alta” juntos, recalcando que la primer arma de la lucha es la reflexión, que trata de comprender y no de juzgar, de tener rigor y no aceptar ciegamente las decisiones. En particular, abordaremos la actual lucha electoral. Para entender mejor el complejo momento que al respecto atraviesa México hoy nos parecen útiles algunas precisiones de contexto sobre el tema. La resistencia civil pacífica -la hay también con otras características- se encuadra dentro de una larga tradición revolucionaria de la humanidad -“antigua como las montañas”, decía Gandhi- conocida como lucha y cultura no violenta; muchos incluso preferimos usar la categoría de “no violencia activa” a la de pacifismo, que puede malentenderse como algo pasivo o sólo antibélico. Gandhi, el mayor sistematizador contemporáneo de este tipo de lucha, se opuso en su experiencia de lucha en Sudáfrica al uso de la idea milenaria hindú de “resistencia pasiva” y acuñó una nueva palabra –*satyagraha*- para definir esa forma radical activa de lucha, que significaba literalmente “la fuerza de la verdad”. En la resistencia pasiva se enfrentan fuerzas pero no necesariamente se busca una ruptura, en la activa sí. Más adelante, diferentes movimientos sociales en el mundo han ido buscando, desde sus propias raíces culturales, términos que la gente entienda claramente para este tipo de lucha: Martin Luther King hablaba de la “fuerza del amor”, en Brasil se le llamó la “Firmeza Permanente”, en Filipinas el “Poder del Pueblo” y en México se ha usado bastante la idea de “Resistencia Civil”. Este tipo de lucha tiene como principio básico la acumulación de “fuerza moral” que se da a través de “armas morales” y “materiales” (consecuencia de las primeras)-, y a veces –como en este caso mexicano- por la presencia de una “reserva moral” de la sociedad instalada en el terreno de la lucha: las marchas más grandes en la historia nacional; destacados y honestos intelectuales y artistas expresándose públicamente en medios, en actos masivos o políticos.

Sin embargo, no siempre está clara la idea de qué entendemos por resistencia civil, donde a veces la referencia es a una gama muy amplia de acciones que van desde escribir una carta hasta tomar un palacio de gobierno. Incluso, frecuentemente se llega a asociar casi mecánicamente la idea de resistencia a la de desobediencia civil, siendo que

entre ambos procesos hay mediaciones claves que tomar en cuenta y abordar conciente y explícitamente, para evitar caer en “ilusiones” y “luchas fantasmales” sin principio de realidad. Se nos escapa en ocasiones tomar en cuenta la gradualidad en la intensidad de las acciones, que éstas están en referencia también con el nivel de acciones del adversario, y que cada nivel -en especial los más radicales- requiere agotar muchas veces la etapa anterior para ser inteligible y tener consenso. La frontera entre la solidaridad con los que luchan y el insertar directamente nuestro cuerpo en el terreno de la lucha, en la no-violencia se sitúa en el paso a acciones de no-cooperación y desobediencia civil. Mientras se trate de acciones que corresponden a protestas, foros, negociaciones, actos simbólicos, mítines, movilizaciones de masas en espacios abiertos, y similares, estamos generalmente más en el terreno de la solidaridad con los que luchan, pero si pasamos a colocar la legitimidad por encima de la legalidad, y a no-cooperar o desobedecer abiertamente algunas leyes públicas, entonces entramos al terreno de la lucha directa. Al respecto, es también central puntualizar que la historia enseña que la desobediencia civil ha sido uno de los mayores motores de avance en el proceso de humanización de nuestra especie, sin millones que la han practicado por milenios no seríamos ni siquiera el “eslabón perdido” que somos hoy, para algunos. Por tanto, está fuera de cualquier discusión racional y sería el enorme valor de millones de humanos que en la historia han decidido, en diversas circunstancias, “desobedecer una orden inhumana de la autoridad” (Juan C. Marín). Es a todas luces ridículo y ahistórico condenar la desobediencia civil a priori. Sin embargo, ésta tiene un momento preciso en el proceso de la lucha -es su etapa más radical-; necesita una preparación importante en la gente que la practica; esgrime una justificación moral clara y compartida; y, como decía Gandhi, “sin un Programa Constructivo al lado, es una bravuconada”.

Reflexionemos ahora la resistencia civil al fraude en México. Quiero puntualizar claramente que lo que afirmo sólo está centrado en abordar el plano de la decisión táctica (usar el bloqueo de avenidas) y estratégica del movimiento (pasar a la desobediencia civil), y no pone en duda mínimamente el apoyo a la causa ni que se va a lograr mantener bien a los campamentos, ni cuestiona la obligación moral de usar la desobediencia civil cuando sea necesaria, y que se sabe que ésta causa un descontrol en la “vida ciudadana”. Valoramos también muy positivamente el enorme valor de la ciudadanía de pasar a la desobediencia civil -con generosidad y firmeza-, al liderazgo político del movimiento en mantenerse coherente en su demanda central de justicia electoral y no ceder a las tentaciones de la “negociación inmoral”. No es eso lo que cuestionamos, ni mucho menos -repito- el uso de la desobediencia civil como un arma legítima de la lucha social, sino el por qué se tomaron ciertas decisiones tácticas y estratégicas que parecen -a primera vista de muchos, incluso aliados- anticipadas o fuera de tiempo, y que en un contexto de lucha no-violenta son “armas morales” valiosas, pero en otro contexto son “actos de provocación violenta”.

Actualmente, muchos simpatizantes y activistas de este movimiento, al cual seguimos apoyando plenamente, tenemos una pregunta que nos debe ayudar a reflexionar y luchar con más fuerza: ¿por qué en el momento de mayor acumulación de fuerza moral y material (2 millones de personas en el zócalo) se lanza una acción que en este momento tiene menor fuerza moral y legitimidad, bajo la apariencia de una mayor radicalidad? Llama la atención que en plena etapa en que se estaba creciendo en la aceptación pública del conteo “Voto por Voto”, en que las acciones de resistencia civil pacífica crecían y contagiaban más, en que eran dirigidas a los responsables directos del fraude y no a las masas en general, en que el adversario no sabía qué hacer -ni a “moños

blancos” llegaba- y estaba a la defensiva, se le da en bandeja semejante “arma moral” de tan “amplio consenso ciudadano”: la aparente ilegitimidad –sobre todo porque no está para las mayorías la justificación moral y su relación directa con el objetivo de la lucha- de bloquear la forma de trabajo y transportación de grandes mayorías; sabemos además que particularmente en el DF ése es un tema de enorme “consenso ciudadano”. Prueba de ello, es que inmediatamente pasó el oficialismo de nuevo a la ofensiva, usando perversamente el “judo político” con spots llamando a la paz, desnudando públicamente las incoherencias sobre el tema de AMLO y Encinas, y con desplegados de apoyo de la “intelectualidad oficial” (salvo contadas excepciones) que se atreve incluso descaradamente y sin más a decir que para ellos “no existió un fraude maquinado”. Por ello la pregunta que sigue es: ¿hay información que no conocemos relativa a la decisión del TRIFE, al tema político-militar, a la lucha interna del PRD, etc., que justifique pasar directamente de movilizaciones de masas, actos simbólicos y acciones jurídicas a la etapa de desobediencia civil con una táctica de bloquear los cuerpos y el trabajo de las masas (no está de más recordar que hay muchas otras formas aun en la desobediencia civil)?

No tenemos aún la claridad necesaria de por qué se radicalizó en este sentido la resistencia civil si todavía una gran parte de la población, y me parece la propia conducción del movimiento de resistencia, expresa -con enormes reservas- un mínimo de confianza en el TRIFE, o sea, no se ha agotado la etapa legal e institucional (es la condición previa a la desobediencia civil). Claro que sabemos bien que esta etapa debe ir acompañada de amplias movilizaciones y acciones de resistencia, como se ha hecho, pero eso no es lo mismo que pasar a la desobediencia civil de este tipo. La acción de bloquear por tiempo indeterminado avenidas tan claves de la ciudad nos parece que corresponde más a una etapa posterior a la decisión del TRIFE en caso que sea injusta, ahí sí sería plenamente comprensible para las mayorías que adherirían rápidamente. Pero todavía estamos en una etapa previa de presión moral, y en ella este tipo de acciones que desnudan cierta incoherencia con otros principios que se defienden en la lucha, pueden parecer a la opinión pública más como un chantaje, debilidad o desesperación que como una medida de acumulación de fuerza moral.

El análisis que se hizo para decidir estas acciones sería conveniente explicarlo públicamente, ya que no se puede pedir a la gente que ciegamente cambie de etapas en la resistencia civil sin tener una justificación racional y moral, ya que no resulta coherente realizar una desobediencia civil a partir de una “obediencia ciega a la autoridad”, por más confiable que ella nos parezca. Sabemos que este no es enteramente el caso, que ha habido una creciente toma de conciencia y politización en grandes masas, pero los ciudadanos necesitamos más elementos para la reflexión y la acción que se nos pide. Nos parece también importante tomar en cuenta que en la opinión pública funciona primero el pensamiento simple, primario: “me atacan sin razón evidente en mi fuente de trabajo y en mi cuerpo, en la comida y en el tiempo con mi familia”, y no el secundario y complejo: “es una medida de presión contra los poderes financieros que habitan estas calles y que hicieron el fraude, y contra los jueces del TRIFE, y necesito hacer un sacrificio personal por el triunfo de esta lucha trascendente para el futuro del país”. Esta me parece que es una de las mayores reflexiones que nos deben quedar de las tácticas de guerra sucia que la ultraderecha y el gobierno, con sus asesores y la complicidad de los medios, han venido usando con eficacia desde marzo. Gandhi afirmaba que para la desobediencia civil no violenta había que usar símbolos muy claros

y sencillos –la sal fue el mejor- que todo mundo entendiera y estuviera de acuerdo contra esa injusticia; símbolos y formas de lucha que unificaran a todos y no dividieran.

Nos tocó afirmar en algunos foros que la principal arma que tenía el movimiento eran las “boletas o actas fraudulentas”. Mucha gente incorporó ya la legitimidad de la consigna de “Voto por Voto y Casilla por Casilla”, pero no con la etapa previa claramente instalada en las mayorías: “¿Alguien duda que hubo fraude?”. Esa frase todavía no está instalada públicamente con claridad, y es clave para acumular un “arma moral” que el adversario no puede destruir. O sea, gran parte de la sociedad mexicana, aun simpatizantes y aliados, no está en grado de defender con certeza de argumentos el hecho de que “Claro que hubo fraude”, no porque no haya habido sino porque no tiene el conocimiento necesario para explicar los mecanismos. Contar masivamente con este instrumento es fundamental para hacer ineludible el “Voto por Voto” y para presionar realmente al TRIFE, y en esa línea me parece que avanzaba la resistencia civil hasta el domingo. Proponíamos incluso tapizar el zócalo el domingo 30 con ampliaciones de 2 metros de gran cantidad de las actas o boletas fraudulentas que hay por miles, como para que todos -incluidos los medios nacionales e internacionales- tuviéramos una foto gigantesca del fraude. Hasta ahora las pruebas del fraude se han manejado en las cúpulas políticas, pero no han sido transferidas con claridad a las masas, o sea, falta “socializar masivamente el fraude”. Ese pasaje no es mecánico y hay que hacerlo cuanto antes, muy clara y didácticamente. Esa nos parece que es una de las mayores “armas morales” que tenemos que construir para presionar realmente al TRIFE y los poderes que hay detrás.

Por otro lado, cabe preguntarse si estamos pasando de un tipo de resistencia civil, llamada pacífica o no violenta hasta ahora, a otra. En caso de existir, no me parece necesariamente malo el cambio, pero sí es bueno saber las razones de esta variación de estrategia. Lo que resulta claro es que la resistencia y cultura no violentas tienen algunos principios éticos básicos que no se someten al pragmatismo ni a “fines superiores”, sino que se han construido históricamente como certezas que creemos nos ayudan a humanizar la especie: respeto y humanización del adversario; coherencia entre el fin y los medios; impulsar y confiar en la “fuerza de la verdad”; movilizar cuerpos hacia la “desobediencia debida a toda orden inhumana”.

En el actual contexto político, nos parece que el bloqueo de avenidas corre el riesgo de entrar en el juego del adversario que es la guerra: “ojo por ojo”; un movimiento social no violento no puede alimentar la “espiral de violencia” sino que debe romperla. En el terreno de la violencia creciente ganan ellos por el control de los medios y la “obediencia ciega o anticipada a la autoridad” que la cultura tiene instalada en las mayorías; por el odio, miedo y terror que siembran todo el tiempo. Le estamos dando a la ultraderecha y al gobierno “armas” y la posibilidad de la paradoja: ellos que iniciaron la “guerra sucia” en marzo e hicieron el fraude el 2 de julio, o sea, que son los principales responsables de esta elevada violencia que atraviesa al país, se presentan ahora como los que “defienden la paz”. Tal hipocresía lo mínimo que podría producir es indignación, por no decir asco, pero en la actual etapa epistémica de nuestra especie, con la ayuda de los medios y los poderes económicos, puede llegar a instalarse como una “verdad pública” en las mayorías.

Otro elemento clave que citábamos de la no violencia -o pacifismo- está en la relación estrecha entre el fin y los medios. Decía Gandhi que “entre el fin y los medios hay una

relación tan íntima como entre la semilla y el árbol: de una semilla podrida no puede salir un árbol bueno”. No está claro que sea un medio legítimo actualmente el bloqueo vial indiscriminado, más bien puede parecer una acción que en aras de un buen fin -la democracia- se sirve de cualquier medio, algo que hace todo el tiempo la autoridad que combatimos. No se puede actuar en aras de una “causa superior” de la misma forma que lo hace el adversario que combatimos. Esta incoherencia puede ir en contra de la acumulación de fuerza moral y material; no está de más recordar que epistémicamente ser coherente -y por ende lógico- en las co-operaciones básicas es sinónimo de “pensar”, o sea, de una identidad moral creciente y positiva que se funda en una acumulación de conocimiento.

Finalmente, para concluir, si el objetivo de la acción de bloqueo de avenidas céntricas era demostrar la fuerza y determinación del movimiento y su líder, me parece correcto y ya se logró con creces, nos alegra y enorgullece ver al pueblo con una toma de conciencia moral y política de este nivel, pero prolongar esa acción exige mayor claridad en la reflexión pública para evitar que pueda revertirse su efecto en contra del movimiento, destruyendo parte de la fuerza moral tan bien acumulada en estas semanas. De otro modo, justamente le estamos dando argumentos de peso público al TRIFE para que avale una decisión antidemocrática, pues medios y mayorías descaradamente les pedirán que “ya acaben con este desorden”, y a costa del “orden” instalarán a la opinión pública en el tema de la paz antes que en el de la justicia, lo que significará un triunfo de la ultraderecha. Si hay que corregir la táctica -o la estrategia- no es un drama, tal vez haya que oír mejor y con más calma al pueblo, pero no podemos eludir la reflexión y discusión colectiva sobre la estrategia actual de la resistencia civil electoral en México, y agregaría de su carácter pacífico o no violento: ¿es el momento de pasar a la etapa de desobediencia civil? Si lo es, ¿el bloqueo de avenidas es actualmente la mejor táctica en el DF? Respecto a los plantones-campamentos, ¿conviene subirlos o bajarlos de las banquetas y camellones? La misma acción del campamento cambia radicalmente arriba o abajo del camellón o banqueta, y, repito, esto no tiene nada que ver con la defensa o no de la desobediencia civil -indispensable para la humanidad- sino con la oportunidad táctica y estratégica de su uso actual en la lucha, con la acumulación de fuerza moral, y con la necesaria coherencia entre el fin y los medios. El dilema, me parece, es entonces entre dos formas de luchar: “Ojo por ojo” o “Voto por Voto”. Pienso que en la primera ganan ellos y en la segunda nosotros (la gran mayoría de este país), como demostrarán las urnas si llegamos a ello.

Pietro Ameglio (Servicio Paz y Justicia- SERPAJ)

4 agosto 2006

Mesa Redonda sobre “Resistencia civil: ética y política” - Universidad Autónoma de la Ciudad de México

La Jornada\_Morelos, 5 y 6 agosto